

Buenos días,

Soy Camilo Umaña y vengo a dejarles lo más profundo que tengo: mi palabra; palabra de vida para contarles de mi generación: los jóvenes de Colombia que no conocemos qué es no temer, no sufrir, no doler, la juventud que hoy les exige la paz.

Vengo con la ilusión y la esperanza de encontrar su decisión y determinación. Vengo con las dudas y los dilemas de saber la trayectoria del conflicto, con algunos pesimismos que me asaltan, les confieso. Vengo con dolor de país, con la indignación de haber sufrido yo, mi madre y mi familia esta carnicería horrorosa que nos ha quitado tanto. Vengo con la tristeza de saber cuánto sufrimiento yace en nuestra tierra. Vengo porque creo que estamos ante la posibilidad del cambio, porque creo que es el momento, porque nos merecemos otro destino, porque el fin del conflicto armado es un imperativo, porque la única forma de lograrlo es avanzando, porque la mejor forma de hacerlo es en paz y porque la peor acción para ello es la indiferencia. El cambio no se hace a sí mismo, lo construimos todos, ustedes y nosotros. El cambio no se construye con unanimismo sino en provecho de la contradicción. El cambio no se construye entre enemigos sino entre diferentes.

Desde pequeño me enseñaron a amar a Colombia. Mi mamá me arrullaba con la melodía de lunita consentida y con el tieso y el majo ririnrenacuajo. Construí mi memoria vital arraigada a un país precioso y exuberante que se agota en la extracción de sus recursos, que vibra en el folclor pero se distrae en el carnaval del inmediatismo, que palpita en la cultura pero se olvida en la apatía y el caos de su organización social, que inspira en su alegría de flores pero que hiede en su aliento de fosas y espiral de bala, que brota enorme desde las entrañas de la gente pero que se pierde en un odio fratricida que divide identidades como adversarios, que activa ideas como móviles criminales, y que sigue y sigue sin nunca pasar.

Ella, quien me mecía dulcemente, era una profesora de escuela pública de Bogotá que un día se enamoró de un joven abogado cuya alma había nacido justa. Ese hombre era mi padre. Un ser coherente, fuerte y brillante, que me abrazaba como dándome alas, irreverente y necio de la necesidad de persistir en la justicia y el respeto por el otro como un binomio indivisible, en una sociedad como la nuestra. Alguien con un corazón de tal nobleza no podía tener sólo una familia, la suya era más grande: los desaparecidos, los ejecutados extrajudicialmente, los silenciados, los perseguidos, los torturados. Ellos todos eran esa gente ajena, humilde y jodida, pero cercana, valiosa y luchadora que convivía con nosotros en el hogar que se había convertido en el despacho del defensor del pueblo –en el sentido verdadero de la palabra.

Mi padre me compartió mucha de esa familia grande, como intuyendo que eran ellos quienes me iban a enseñar de su grandeza y que me iban a permitir entender su opción de vida. Con él sólo pude compartir 12 años, antes de que finalmente le arrebataran sus gestos generosos, su aliento largo y profundo con el que fumaba a bocanadas un cigarrillo tras otro. El 18 de abril de 1998 mataron a José Eduardo Umaña Mendoza. El mediodía de ese sábado oscureció mi horizonte, lo cambió todo. Llegábamos con mi mamá a recogerlo. El zigzagueo de las balas apenas se dispersaba en el ambiente. Un humo ciego y pálido de metralla se sumaba al anterior de rumores y jadeos. Ese aire

denso se hizo sólido en mis pulmones y aplastó mis hombros con la noticia. "Mataron a tu papá", me dijo mi mamá con su camisa ensangrentada. Me vi en el piso.

En un instante sordo y detenido recordé tantos días jugados en ese suelo de cabellos rizados. La alfombra estaba marcada por las huellas de los asesinos. Esas huellas de muerte que avanzaban desde el corredor hacia la oficina, que se desviaban en el cuarto que fue el mío. Allí habían atado a la secretaria con cinta de enmascarar. Alguno de los tres sicarios dejó sus huellas de muerte en esa banda pegajosa que apenas se acababa de desatar. Las huellas seguían, trepaban, si se hacía silencio, murmuraban, casi que clamaban cómo había sido todo; selladas en el arco de la puerta, anunciadas como periodistas en la entrada, seguidas redoblantes al despacho, discutidas en el aire.

Querían llevárselo, me explicaron. Él los retó, vertical, fuerte y valiente. Sus huellas se afirmaron en el suelo. "Si vienen por mí, resistiré, no me doblegaré", había dicho meses antes. Dispararon, hurtaron lo que pudieron y salieron. El golpe de las puertas abrió paso a un silencio, y nuevos pasos entrarían por ese mismo piso que me tragaba como un banco de arena. Los ecos de ruido se comprimían en un grito sordo de tantas y tantas personas cuya única esperanza era que mi padre les ayudara a sacar su caso adelante.

En esos años de intenso ejercicio del derecho, mi padre entendió que la defensa de los derechos humanos no era sólo legal sino jurídica, no sólo jurídica sino política, no sólo política sino social, no sólo social sino íntima, de movilización de conciencias. Mi padre entendió que la soledad ronda a quienes luchan por la justicia, pero que el amor por lo que se hace es un valor que acompaña.

Los "investigadores judiciales" también desembarcaron, silenciando con urdida costumbre los resuellos de evidencia con su eco de nuevas huellas. Cuidadosamente tomaron una cinta sobre otra e hicieron un detallista inventario de lo que había en la oficina, sin ningún resultado probatorio, por supuesto. "Yo le puedo sintetizar todo esto con una frase un poco jurídica, pero que contiene el significado preciso de los procesos: es una especie de telaraña jurídica con una tenaza política", decía mi papá de su ejercicio profesional, casi premonitoriamente de su propio asesinato.

Mi abuela Chely todavía recuerda quemantes las vergonzosas palabras del fiscal general de la época, Alfonso Gómez Méndez, quien le diría que el caso de mi padre era un crimen de Estado y que en el mismo no había nada que hacer. Esas mismas palabras se oficializaron en el juicio que se siguió por el homicidio. Pese a que el mismo fiscal había aseverado a la Human Rights Watch que en el homicidio estaba implicada la Brigada XX del Ejército, y que mi papá había interpuesto una denuncia ante el CTI el 18 de febrero de 1998 diciendo que había recibido sendas amenazas telefónicas en las que le informaban que miembros de inteligencia militar estaban planeando su asesinato, un testimonio dado desde una cárcel cambió la dirección de la investigación. Un grupo de personas sería imputado y juzgado por supuestamente haber estado implicado en el asesinato de mi padre. Como era de esperarse, los acusados fueron absueltos sin mucha controversia. Luego de eso no ha habido nada o, mejor, como la Fiscalía Segunda Especializada de Derechos Humanos me comunicó: "No es que la Fiscalía haya estado inactiva como lo asegura usted en su escrito, sino que desgraciadamente la labor investigativa desplegada en torno al caso ha sido infructuosa".

Mi familia ya sabía lo que era la persecución, pero esto la hirió de muerte. Mi abuelo vio resquebrajar su salud regresivamente, pese a que él mismo había sido hostigado y amenazado en diversas ocasiones... nada superó este

dolor. Eduardo Umaña Luna fue un niño abandonado que luchó su infancia y juventud y que estudió derecho pese a tener que salir de la Universidad Nacional por sus ideas políticas. A este lugar volvió para cofundar la Facultad de Sociología en 1959 (primera en Latinoamérica), y para escribir una treintena de obras entre las que se cuenta *La Violencia en Colombia*, junto con Fals Borda y Monseñor Guzmán. Es casi irónico que este texto hubiera sido paradigmático, pues verbalizaba algo que parecía evidente: que en Colombia había violencia. El libro no solo retrataba la participación de los partidos políticos en la debacle, la crueldad chulavita, la existencia de las guerrillas liberales, la propagación de territorios sin presencia alguna del Estado, la pobreza, atraso y olvido de la gente humilde, sino que instaba al encuentro de soluciones, a cambios. Entre esos cambios estaba entender que la guerra había sido instigada entre la gente común bajo el estigma de los partidos, y que todo no se trataba de una guerra civil sino de un fenómeno de violencia política, social y económica propagada desde el Estado por unos majaderos que lo único que querían era adueñarse del país, como él lo diría. En pocas semanas, los autores de la obra pasaron de ser eminentes investigadores a ser tristes exiliados. Mientras que en el Congreso de la República se inició un debate político que terminó en el desafío a duelo entre el ministro de Guerra y un senador conservador por el contenido de la obra, el 4 de octubre de 1962 se celebró una asamblea nacional de directores de periódicos, en el que 38 periódicos pactaron reducir al mínimo la publicación de fotografías sobre episodios o hechos de violencia, en la clásica táctica del avestruz.

Bajo todos estos signos, el libro nos dejó una segunda constatación: la hipocresía de ocultar la guerra como una realidad y la incapacidad de cambio de la sociedad colombiana. La negación de la violencia no incluye solo una negación del conflicto, sino una denegación de su solución.

Aunque la Colombia de mediados del siglo XX no es la de hoy, muchos de sus problemas permanecen. Mi papá diría: *“Así es la sociedad colombiana, es decir, todas las sociedades son dialécticas, están en movimiento, cambian, se transforman, hay tiempos históricos. [...] Pero aquí, en Colombia, un día que dejes de estar, estás desinformado: el tiempo histórico de Colombia se está dando a cada segundo, en cada minuto pasan veinte años de cualquier otra sociedad; sin embargo, por la gran contradicción de factores sociales, pasando de todo, [...] aquí nada pasa. Eso porque quien dinamiza la historia son los pueblos, los seres humanos colectivizados; pero cuando están adiestrados, cuando son más sumisos que un perro doméstico, la sociedad no pasa de ser estática a pesar de que se mueva violentamente”*.

Colombia ha cambiado en sus composiciones sociales pero ha conservado y acumulado ciertos de sus más graves problemas. Tal vez el más persistente y expansivo en sus efectos es el de la desigualdad social ¿Qué van ustedes a proponer, hoy, 2014, para enfrentar esto? –evidentemente la guerra no genera más justicia social.

Hoy en día mi abuelo y mi padre están enterrados en el mismo *lote* bajo el epitafio de “más vale morir por algo que vivir por nada” (el hijo) y de “paz con justicia social” (el padre)..... ¿sus sueños estarán también enterrados? (yo los acabo de poner en esta urna)

Ustedes entenderán mi precaria posición. Provengo de una tradición que ha sido suspendida en la muerte, que cree en la vida en un mundo de olvido; vengo de una familia de profesores universitarios y de escuela, valientes, vaciados y activistas, que han dado su historia y vida por nuestro país... Pero no se confundan, esa precariedad no es en nada debilidad. Provengo de los más fuertes como dirían en los Palenques, de los que son capaces de pararse firmes y verticales, que no hacen sus ojos ciegos ante la injusticia, que tienen la valentía de luchar coherentemente, que han pensado el país, no como vírgenes vestales, sino como actores de transformación social, económica y política. No me presento en La Habana menesteroso, vengo como hijo de mi país para exigirles que paren la guerra y que pongan, no cuotas-partes ni trocitos de negociado, sino Todo.

Entenderán ustedes cuánto aborrezco la guerra que me dejó sin padre, que enlutó a mi madre, que torturó a mis abuelitos, que desgració mi vida y que destrozó a mi familia –sobre todo porque la guerra siempre se suele alimentar de aquellos que no participan en ella y que somos usados como el Cronos de Goya en una cadena de devorar infinita. Entenderán ustedes cuánto me duele que ellos, los más fuertes, no sean los que sustentan mi Colombia, sino que sean los representantes del valor dinero de su poder, de su reflejo en el espejo.

Entenderán ahora cuánto me gustaría vivir, ver muchos amaneceres, escuchar los movimientos suaves de los árboles, comer helado, cantar en la ducha..., Mayor probabilidad de vivir y ser la tengo yo y la tiene mi generación en un país sin conflicto armado. Esa partecita depende en gran medida de ustedes. Ustedes que tienen pie de fuerza, que tienen armas, dinero, poder, ¿pueden ser lo suficientemente fuertes como para respetarnos a los que no tenemos nada de esas cosas? ¿Ustedes que matan a sus enemigos y a lo que se les parezca, tendrán la valentía para no sólo respetarse sino protegerse? No usen este proceso para promover sus ambiciones. Estén a la altura de la historia! No esperen un traspíe. No lo permitan. No se lo permitan. Para ello es imprescindible que cese el fuego inmediatamente. Esto no es sino su obligación. No queremos más muertes: no importa de dónde.

Ustedes, como estructuras, como organizaciones, reclaman defender el país y su soberanía, ¿qué soberanía existe cuando una gran proporción de la población no puede elegir dónde vivir porque es perseguida o porque no tiene como cultivar sus tierras o educar a sus hijos? ¿qué soberanía existe cuando los recursos naturales son explotados inclementemente semi-esclavizando a los jornaleros y devastando la madre tierra? ¿qué independencia hay cuando hay un negocio de guerra que le deja gigantes utilidades a las compañías extranjeras que les venden las armas, las municiones, la tecnología de muerte? ¿Qué independencia cuando la droga y el narcotráfico financian todo esto? ¿Quiénes son los dueños de ese mercado? ¿Es que no ven lo que está pasando? ¿O si lo ven?...

Entiendan ustedes el dolor que han causado y la responsabilidad que les atañe. Por sus actos y omisiones deben responder. La responsabilidad no se puede basar sino en la verdad: circunstancias de tiempo, modo y lugar, motivaciones y autores de las violaciones.... La cárcel no puede reemplazar la verdad: el proceso con el paramilitarismo nominado como justicia y paz nos dejó como lección que sin una responsabilización seria, la cárcel

no constituye sino una zona gris de detención momentánea de ciertos sujetos que no es siquiera apta para neutralizar las estructuras de guerra. Además de verdad se precisa un reproche: el problema de la ausencia de la responsabilidad es un problema no sólo de justicia penal sino de otras jurisdicciones y otros ámbitos sociales que deben operar inequívocamente en un signo de reproche. Ahora bien, ese reproche debe ser respetuoso con su destinatario tanto como con su emisor: como sociedad no debemos perder de vista los valores positivos que buscamos proyectar con todo esto. No podemos crear un derecho penal de enemigo si queremos hacer la paz, no podemos crear penas con suplicio porque es lo que nosotros hemos sufrido y que no queremos que se repita, no deberíamos aceptar penas que lleven a la exclusión definitiva de la sociedad de los victimarios porque es lo que reprochamos que ellos han hecho con nosotros. Toda responsabilidad, siempre, debe ser clara, debe expresar el reproche que pretende; de lo contrario, se torna en un homenaje a la persona que por sus hechos responde. No pueden existir jurisdicciones ni normas de casta. La responsabilidad no puede ser recriminada por el sistema político y sus representantes. Es necesario que la participación jurisdiccional sea con entes y funcionarios imparciales, independientes, que cuenten con recursos suficientes y con la preparación adecuada, que no sufran amenazas y hostigamientos por su labor.

Cuando preguntamos cuánta pena a cambio de paz, pensamos unos en las más grandes penas y otros en las más pequeñas como fundamento único de la paz y pensamos que así estamos discutiendo sobre justicia. Tal vez si cambiamos la pregunta por aquella de: ¿qué tipo de justicia se necesita para la paz? Responderemos una que nos lleve a la responsabilidad ¿qué tipo de responsabilidad permite la paz?, podríamos responder, seguramente, la responsabilidad más comprensiva, seria y pronta ¿Qué responsabilidad es más seria que la que es coherente con nuestros valores positivos (en mi caso, respetuosa, humanista y amplia)? ¿Qué responsabilidad es más pronta que la que cuenta con entes jurisdiccionales fuertes y la participación activa y sincera de los victimarios? ¿Qué responsabilidad es más necesaria que la que tiene en consideración a las víctimas y que nos lleva a hacer una reflexión como sociedad? ¿Qué responsabilidad existe sin verdad? ¿Qué condiciones penitenciarias son más deseables que aquellas que refuerzan la humanidad de quienes fueron inhumanos en sus actos? ¿Qué transición es mejor que la de permitirnos transformarnos? ¿Es posible una justicia transicional que nos permita hacer transformaciones políticas, estructurales, doctrinarias? Estas preguntas, en mi concepto, son muy necesarias para que sean consideradas en sus discusiones; sin embargo, deben ser conscientes que tienen un margen jurídico: deben responder por las graves violaciones a los derechos humanos y por los crímenes de lesa humanidad que han cometido, no pueden amnistiarse ni autoamnistiarse, deben reparar a las víctimas y a la sociedad, deben garantizar que no volverán a matar, torturar, secuestrar, desaparecer, violar, .... No veo cómo con armas detrás de la mesa se puede lograr eso. Ello debe cambiar Ya! Para ello, el tiempo está en su contra.

Ustedes son conscientes, según sus comunicados, que la paz no es el cese del conflicto, para ello debe haber cambios en el modelo económico y social y debe haber una inclusión política. Nadie está reclamando soluciones exprés a problemas crónicos y viejos, pero sí estamos reclamando acciones prontas y cambio inmediato para nuestro

presente (no para nuestro futuro). Retomando el adagio que dice: la justicia tardía no es justicia, yo pensaría que una paz tardía es menos paz.

Estamos ante la historia del futuro. Está en juego la historia de nuestro país, ¿cómo la vamos a construir? ¿Qué le vamos a dejar a las nuevas generaciones? ¿Vamos a fracasar otra vez? Acá estamos, acá estamos para apostar por nuestro futuro, para trabajar en nuestro presente, para recordar nuestro pasado. Acá estamos para seguir ¿Seguir hacia dónde? Hacia la paz ¿Podremos transformarnos? ¿podremos volver nuestro odio en coraje para cambiar, podremos tomar nuestro dolor quiebrahuesos en valentía para respetarnos? Como decía mi padre: “La paz no puede surgir del desorden, de la guerra sin cuartel, del crimen organizado, de las estructuras caducas, de la economía sin rumbos, de la injusticia social, del abandono de la eticidad”.

Vamos a ser valientes, vamos a respetarnos. Honren los valores que dicen defender. Acá nos tienen para oír lo que tienen que decir pero también para controvertirlo, acá nos tienen para contarnos la verdad, acá nos tienen para pensar en cómo salir de esto, acá nos tienen para rechazar sus actos de guerra y para valorar sus actos de paz.

“Para la vida miles de cantos de libertad. Para la vida miles de gritos de justicia. Para la vida miles de vidas. Para la vida la dignidad” José Eduardo Umaña Mendoza.